

11 (380-27)

CARTELES

PROSAS DE CHILE

R. GONZALEZ

PACHECO



572215

· E D I C I O N E S
C O S M O S

CARTELES

PROSAS DE R. GONZALEZ PACHECO



RODOLFO GONZALEZ PACHECO



RODOLFO GONZALEZ PACHECO

Las prosas que hoy publicamos, fueron escritas por Rodolfo González Pacheco, durante su permanencia en nuestro país.

Se recordará que este escritor vino a Chile, en gira de propaganda ideológica, en el año 1923. Sus impresiones sobre el pueblo son interesantes, reveladoras de una gran perspicacia y en ciertos casos, justísimas.

González Pacheco es autor de numerosos dramas, entre los cuales figuran "Hijos del Pueblo", "Magdalena" y "Las Víboras". Algunos de ellos han sido muy elogiados por la crítica argentina y han tenido el honor de ser representados en los teatros de Madrid.

Además de dramaturgo, Pacheco es un prosista vigoroso y original. Sus prosas o "carteles", como él los llama, versan sobre todos los asuntos imaginables. Esta variabilidad de motivos es secundaria siempre por una actitud espiritual. Sus carteles son ya trágicos o sarcásticos, o envenenados o mansos.

Pacheco es un escritor optimista, viril y exaltado siempre. Para él la vida debe ser una lucha constantemente superada.

Su estilo es, talvez, en muchas ocasiones, arbitrario; pero esto no importa. Su frase tiene caudal propio. Es gráfica, hiriente, acariciadora;

duele a veces y también reconforta. Sabe ser sombría y a la vez transparentarse de sol.

¡González Pacheco no se limitó a esto solo. Es un orador electrizante. Sus palabras, sus gestos, golpean al público hasta despedazar su indiferencia. Y entonces, proyecta sobre el auditorio el estremecimiento del entusiasmo o la laxitud de la angustia. Remece los espíritus, los alienta, los apasiona, les abre caminos inusitados.

Fuera de sus obras teatrales, Rodolfo González Pacheco ha publicado un libro de "Carteles".

Actualmente colabora, número a número, en "La Antorcha", periódico anarquista que aparece una vez por semana, en Buenos Aires.

González Vera.

MENDOZA

Después de un galope de indios, de malón en pampa estéril, Mendoza salta a los ojos como una albricia. Se ve surgir, levantarse como una bandera verde sobre la tierra roja. El alma se pega a la ventanilla como un muchacho a una vidriera de golosinas.

El tren relincha y se encoje bajo sus frenos como un caballo hecho rajar sobre el patio de su querencia. Para y nos desensillamos. Pues que son los pasajeros, nosotros mismos, las prendas de su recado. Como bajeros, humeantes y sudorosos, salimos para tendernos en las ramadas.

Mendoza es la ciudad verde, el valle de las guirnaldas y las acequias. Caminos de hormigas blancas a la vera de los sauces pensativos. Pañolones estampados que caen sobre pies descalzos. Belleza humilde, que huele a tierra, a raíces húmedas, a naturaleza fresca.

No nos habléis de sus cumbres. Ellas se yerguen estériles, vibrantes de altanería. Miran de arriba, desdeñosas y coléricas, a esta Mendoza sencilla y trabajadora; a esta Mendoza que vemos como a una mujer del pueblo con una tinaja de agua.

Mendoza verde y surgente cuaja en nuestra mente un símbolo. Sus caminitos de hormigas son sus obreros; sus sauces los anarquistas; las montañas sus burgueses. Bajo la mirada de és-

tos, cegada de odios, ellos refrescan las plantas, limpian de polvo y de fiebre a todos cuantos llegamos con una idea de libertad en los labios.

Embarcados para Chile, por arriba de las cumbres, también nos sentimos árboles. Caminos verdes, copas sonoras, raíces húmedas. Es que llevamos adentro el paisaje mendocino.

CRISTO EN LOS ANDES

Caramba! Tan buena cosa que soy y no me quieren en Chile. En Los Andes me han descendido del tren, los carabineros, y luego de cuatro días de encierro, me retornan a Las Cuevas. Parece ser que, anarquista y todo, tengo allá, al otro lado de la frontera, una patria mía. A ella me vuelven.

No he podido ver de Chile más que los muros andinos y las paredes de la Prefectura. Vuelvo con mi hacha en la faja, el poncho al hombro y la fiebre de la inacción en los nervios. Vuelvo "orejano", pues que me han quitado cuanto papel pudiera certificar que era argentino. De esto me alegro. Orejanos, sin marcas de fábricas ni envases estampillados, son la luz, el viento, el agua. Todas las cosas bellas y buenas y fuertes.

De lo que no estoy contento es de retornar así, sin estrechar siquiera una mano de compañero. ¡Chile, Chile! Soñaba abrazar tus "rotos", acariciar tus "guaguas". Revolear sobre tu pueblo oscuro mi poncho rojo. A eso venía; para eso había galopado día y noche...

Y mientras medito en esto, el tren cruza la frontera. Es en un túnel que se divide la Argentina de Chile. Frente a frente, en la húmeda oscuridad, se miran como dos perros furiosos, los dos escudos. Me siento Cristo. Cristo en los Andes. Cristo entre dos bandidos.

MIS GATITOS

Hago gracia a los amigos de la Argentina, del relato de mis aventuras en la frontera de Chile. Son simplemente grotescas; sólo merecerían tenerse en cuenta para extraer de ellas el eterno juego amargo de los gobiernos. Y para qué?... Baste saber que el de allá me denunció al de aquí, y entre los dos me tuvieron, por diez días, como pelota de foot ball en un partido peliagudo. Corrían tras de mi bulto, se despeaban gambeteando para ver de enderezarme cada cual al arco de su contrario. Aquel, por carecer de papeles, no me reconocía; éste me rechazaba por indeseable.

Así las cosas, un jugador con el que no contaron, apareció en el campo: los compañeros de Chile. Se movieron, amenazaron y concluyeron haciendo goal conmigo. Ya estoy en Chile. He venido, saltando de peña en peña, desde Las Cuevas hasta el Cerro Santa Lucía.

Y ahora?... Quién hace juicio de los guijarros que pisa, si va a pie, de los abismos que salva, si va en tren?... Eso se olvida pronto. Eso se borra como un penacho de humo tras de la marcha; se tira como el pañuelo que nos enjugó el sudor. A otra cosa.

Estoy en Chile, en Santiago. Como un torrente embalsado, al abrirme la frontera, me he des-parramado sobre este valle. Francamente estoy

desperdigado; por más que hago, no puedo recogerme, reconcentrarme. Soy como una gata recién parida; mis gatitos—mis “carteles”—ruedan bajo de los muebles sin ver la teta ni obedecer a mis voces. Dejarlos criar, abrir los ojos, reconocerme. Un día, dos o tres y serán gatos formales, gatos hombres. Entonces os los enviaré, compañeros. Reclamarlos a **LA ANTORCHA.**

CAUPOLICAN

Chile es un país empedrado. Se pisan guijas, se tropieza en cerros, el cielo lo recortan las montañas. Volcán en calma, barricada deshecha a cañonazos. Suelo bravío que brota gente morena, en cuyos labios las voces saltan o se agazapan como indios entre las peñas.

Si. Tanto como es triste el gaucho, de alma tendida y monótona, es este "roto" chileno contradictorio, imprevisto, con el bien y el mal revueltos como una corriente de agua y piedra. Aquél parece que lleva siempre una guitarra a la espalda y un verso de despedida en los labios; éste una pedrea en el seno y un brinco audaz en los nervios. Hay la misma diferencia que del canto al alarido, de la pena a la protesta, del que ya no espera más al que todavía cavila. Del Santos Vega vencido al Caupolicán porfiado.

Chile, su pueblo, es lo mismo que su suelo: un solo macizo roto, pero que no han podido pulverizar del todo. Barricadas deshechas, los indígenas parecen cantos fogueados, proyectiles de un combate que puede recomenzar.

¿Qué es lo que les falta, pues, para que se determinen, se enderecen y se planten de un brinco audaz sobre el proletariado rebelde del universo?... Les faltan ideales grandes, definiciones solemnes, semillas duras que se agarren como dedos de fierro a los terrones de piedra. Al bravío Arauco le falta el Caupolicán de la Anarquía. ¡Muchos Caupolicanes!

YO, PERSONAJE ..

El gobierno de Chile tiene la culpa. Yo iba a pasar por aquí, como paso por allá, sin más relieve que el de mis greñas revueltas, sin otro eco que el de mis ronquidos cóncavos. El me puso en la picota, grabó mi nombre en los diarios, me echó al tablado, a disputarle a las pantorrillas de las coristas, la atención pública. Y así estoy ahora registrado y olfateado hasta por debajo de los calzones .

Antilli dice muy bien. Lo que hay es que este Pacheco ha tenido la desgracia de interesar a más gente de la que debe interesarse por un anarquista. ¡Desgracia grande, amigo! Ud. que sabe, porque también de ahí cojea, cómo muestra la ociosa curiosidad de los tontos, puede compadecerme. Chaplín en "Vida de perros" no las pasa más amargas que su hermano en personaje.

Entrevistas, retratos, aclamaciones... ¡A mí, pues, compañerito! Al hombre arisco y consciente de que todo eso es pura bufonería. A un tipo sin don burgués, erizado de rencores contra los necios y que todavía, de yapa, es feo. Feo, como todo el que trabaja por alcanzar cosas bellas.

Qué he de haber llamado yo, en mi ayuda, a los parlamentarios chilenos. ¡Nunca! Del otro lado del muro yo no pensé nada más que en mis camaradas. Si fué el diputado Cruz que forzó

mi entrada a Chile, yo no lo solicité ni tengo la culpa. Y al revés de lo que dicen, el que ha salido perdiendo—perdiendo paz, soledad y tiempo—soy yo, convertido en personaje.

Opinan mis compañeros que, después de todo, estas molestias han resultado un reclame a mis conferencias. Si, si. Ya veo ya en las plateas cabecitas de muñecas, cabezotas de adoquines. Lo que todavía no sé, es hasta dónde me pagan con su presencia mi desventura...

Sólo una esperanza me vá restando: que a medida que pasan días, esta máscara de fácil celebridad con que me han cubierto, se me desate y caiga. Que la pisoteen los mismos que me la ataron. ¡Y que me olviden!

Yo no vine para esto, sino para propagar el comunismo anárquico. Yo no tengo más relieve que el de mis greñas revueltas, ni más eco que el de mis ronquidos cóncavos. Perdónenme mis virtudes. ¡No quiero ser personaje!

LA COPA DE AGUA

Nada se parece más a los buenos versos que el agua clara. Cantarlos es refrescarse; oírlos es ver un río. Leerlos es todavía más bello: es como oír, sin ver, el murmurio de una fuente.

No se concibe que haya alguno que nos engañe con una copa de agua. Ni los frailes se atreven a complicar a su "oficio divino" esta claridad terrestre. Sus hostias son de harina, sus cálices se llenan de mosto.

¡Agua!... Reclús le cantó al arroyo. Diógenes viendo beber a un gañán en el hueco de la mano, arrojó el jarro que era su única fortuna, y probó que era más dulce bebida así, mientras tiembla y huye entre los dedos... ¡Agua! Su paso limpia la tierra, se lleva al mar la miseria humana y allá la vuelca, a cuenta, como una hija a una madre un doloroso secreto, en voz baja y doliente.

¡Agua! El perfume va al cerebro, el alcohol al bofe, la caricia a la epidermis o a la médula. Al corazón y al alma, a esta vida y la otra, sólo llega el agua. Porque viene de más bajo, vá más léjos.

No se concibe que nadie quiera engañarnos con una copa de agua. Ello no será, no, un crimen, pero es, sin duda alguna, un sacrificio. Porque el agua es más todavía que un verso: es como un niño, como una ronda infantil y desnu-

da que surge de la entraña de la tierra y sube al cielo.

¡Diablo! Y el presidente de Chile, en el banquete que da a los periodistas extranjeros, brinda por la salud de América con una copa de agua... ¿Qué es esto?... Las misas negras de los posesos, la sangre que los ñáñigos de Cuba extraen de los menes blancos para sus sombríos oficios, no han conseguido sumirnos en estupor más grande. Porque aquello es ignorancia y esto es burla. Y una cosa es la locura y otra es la farsa.

¡La copa de agua! Sólo falta ahora que el presidente argentino, alce para retrucarle, una espiga de trigo. Que por sobre los dos pueblos, borrachos de hambre y de alcohol, se besen el saerilegio con el sarcasmo. ¡Protestamos!

SOLO

De noche, en Valparaíso. A pocos metros de donde sofrena el tren, escarcea el mar. Semejan dos enemigos venidos desde muy lejos y que ahora, frente a frente, se increpan sin entenderse, en diferentes lenguas. Agua y fuego que se queman y se escupen.

Compañeros: un camión; una garrera loca. La plaza y la tribuna. Me alzan. Multitud oscura. Olor a mar y a trabajo. Playa de rocas vivas, de las que parten, como aletazos, los gritos tempestuosos. Hablo ¡flameo mi poncho! rompo el sello de mi mensaje anarquista; lo canto.

Y bajo y vuelo de nuevo. Adonde, ahora? ¡Qué se yo! Empiezo a subir, trepar, ascender siempre como si buscara con mis pies mi propia cabeza. Cuando al fin llego, me encuentro que estoy colgado entre la mar y la cumbre como un pájaro prendido a un muro. Solo.

El plan de Valparaíso es apenas de tres cuerdas de ancho; lo demás está labrado en los cerros. Suben las casas a gatas; se hacen señas con sus luces; se miran con ojos relampagueantes—¿de amor: o de odio?—mientras ascienden. No se nota ni las calles ni los cercos como en una multitud ni las ideas ni los instintos. Parece un mitin de antorchas dentro del cual únicamente yo permanezco a oscuras. Solo.

Solo, entre la mar y la cumbre. Solo como un

ángel caído o un diablo porfiado. Solo entre la tierra y el cielo. ¡Solo!

Camaradas, compañeros! En qué pico porfías, sobre que ola golpeas?

Dónde estás a esta hora? ¡Solo? Desde mi roca pendiente, extranjero en tu playa, forastero en tu cerro yo levanto mi voz y mi mano,—mensaje y augurio—; yo te escribo y te grito: Viva y viva la Anarquía!

MATERNIDAD

¡Los niños! He aquí lo único nuevo sobre la tierra vieja. Gracias a ellos marchamos, tal vez cansados, pero no tristes; seguros de que en nosotros no acaba todo, que hay algo más que viene: repetición más fuerte de nuestro golpe en el yunque, audacia fresca, acero más claro y más agudo.

Vivir es correr la sombra, ganarle campo a la muerte, limpiar de dudas la frente del destino. No sólo nuestro cuerpo cae a la fosa: cae también nuestro mensaje, la carta, el sobre sellado en que llevábamos una palabra certera al porvenir confuso. Allá íbamos y aquí caímos. ¿Terminó todo?...

A esta pregunta, las madres responden: ¡no! Por arriba de vosotros, caídos en los caminos, pasarán nuestros hijos; fuerzas nuevas, mensajeros de refresco, sobres en le que estampamos como lacres candentes, nuestros besos.

¡Los niños! Vista, tranqueada, del mar al cerro, del bosque al valle, la tierra vieja, ¿qué otra cosa puede interesarle al vagabundo que ellos?... Y los buscamos en Chile a vuestros nenos, mujeres.

Búsqueda vana, parece, pues que nos dicen que poco menos, o casi todos, de los que os nacen, mueren. La peste, el vicio los siega en gérmenes. Al punto que ya no son mas pañales ni cunas

que preparais cuando estáis en cinta, sino mortajas y cajones fúnebres.

¡Oh, señor! Si esto es verdad, todo lo demás que vemos es una sola mentira. ¡Todo! Las flores de vuestros labios, las llamas de vuestros ojos, hasta la vibración de vuestras entrañas. ¡Todo! Y sois nada más que náufragos dentro de un tembladeral de espasmos. ¡Todas!

¡Pero, no creemos, no creemos! La maternidad es la sola cosa santa que le resta al mundo. Vientre herido es luz cegada, carta rota, última posibilidad de salvación destruída. Y no habíais de saber esto que saben hasta las bestias del bosque, los reptiles de las grietas y las aves de los cielos?...

No es cierto que alumbréis para la muerte. Y si es cierto, son los hombres, vuestros hombres los culpables. Abandonadles, hermanas. Arrancaos de sus lechos, dejad sus casas, sus pueblos, hasta su patria. ¡Idos! Idos a buscar varones que amen más que vuestros sexos, que os amen en vuestros hijos!

LA REMOLIENDA

No somos puritanos ni curanderos. No hemos llegado hasta aquí para fulminar los vivos ni resucitar los muertos. Nuestra palabra no es luz, como la de Cristo, ni nuestro fluido vital moverá a los paralíticos. En fin, en nuestras alforjas no hay ni siquiera un grano de moralina.

Pero he aquí lo que vemos: Chile tiene dos heridas, dos lanzadas en cuerpo: el sexo de sus mujeres y la boca de sus hombres. Son a modo de dos lagos con una correspondencia subterránea: tanto como uno carga, desborda el otro. Cuanto más bebe, más (usemos una metáfora de Balzac) hace la bestia de dos espaldas.

Repetimos: no somos puritanos ni curanderos. Por nosotros no se interrumpa, que siga la remolienda. (“¡Juí! ¡Juá! ¡Cójetela perro; llévatela al cerro!”). Pero, déjennos decir que estamos maravillados viendo el espacio que gana, en la vida de este pueblo, el beberaje y el espasmo.

¿Será potencia, alegría, un loco florecimiento de su carne y de su espíritu?... No nos parece. Precisamente, lo primero que uno nota es el tinte de tristeza, de desencanto y cansancio, que les vela el rostro. Ellos y ellas lo saben todo, vienen de hacerlo todo... Y un tizne lúgubre se les escapa aleteando de los ojos y las bocas.

Lo que hay es que, tallo abajo todo placer es dolor, toda llamada es sombra y toda corola

es fango: En el fondo de las copas y en el nacimiento de la vida no hay más que amarguras y desgarrones. El pueblo de Chile es triste porque se divierte mucho, tanto!...

Sabemos que es muy arisco, también; muy dueño de sus virtudes y de sus vicios. Y así nos gusta. Y así queremos gustarle si le decimos, por ahí os váis cuesta abajo, "rotas y rotos". Hacéis de dos cosas buenas—bocas y sexos—vasos de noche y jarros de tabernas. Anforas desportilladas y ponzoñosas.

De vez en cuando, está bien: (cójete la perro; llévatela al cerro) pero, no tanto, diablos. La vida no es solamente una remolienda. Oidnos: en nombre de la alegría de vivir, del amor y la salud, os damos esta consigna: Hombres: apretad los dientes! ;Mujeres: cerrad las piernas!

BLANCO Y NEGRO

Chile cuyos peñascos del Norte tiritan bajo los cielos, hasta hacerse luminosos, fluídos, se precipita en el sur a una llamarada humeante, espesa. Aquellas cimeras blancas, son aquí torrentes negros. Como, si en pasados siglos, un ejército friolento se lanzara a estas regiones buscando fuego en que calentarse. Y en ellas hubiera muerto carbonizado.

Atravesado el Bío-bío, entráis en el reino negro. En la tormentosa región minera. Negra es el agua del puerto, el valle es negro, las cumbres calvas son negras. Y todavía, bajo de éstos, del suelo, del mar, del monte, está el infierno más negro aún; está el carbón y el grisú: el oro negro y el viento negro.

Hemos llegado a las minas de Lota y de Coronel; pero no bajamos a ellas. No lo permiten sus dueños; y no por pudor, seguro, sino porque en este mundo de fuego opaco, de auroras sólidas, un anarquista es un peligro siempre. Es una llama desnuda—fósforo, antorcha—que bien puede despertar la furia negra que duerme en las galerías subterráneas. Y ¡ay! de los negreros, entonces!

“Oro negro”, llaman al carbón los amos. “Viento negro”, llaman al gas grisú los esclavos. Y he aquí que en estos dos nombres, como en dos polos, está contenida la vida de unos y de otros.

La mina, que para aquéllos es un áureo tintineo, torrente oscuro que se clarifica al aire y acaba por acuñarse en monedas limpias, para éstos es una asechanza eterna, lazo en la sombra, guadana traicionera. Miseria negra.

No nos dejaron pasar, pero los mineros vinieron hasta nosotros. A los toques del clarín, se congregaron en sus locales de resistencia. Y ahí les hablamos...

Pero, no es lo que nosotros dijimos lo interesante ahora, sino el mensaje que allí nos dieron al despedirnos. Nos lo dictó una muchacha, hija, hermana, camarada de los mineros huelguistas de Coronel. Lo transcribimos.

Gaucha anarquista: decid a las mujeres de allá, de las pampas argentinas, que estamos en el infierno, pero no sin rebeliones. Que a miles de metros bajo la mar, soñamos con la justicia, esperamos su llamado para la batalla grande y definitiva. Y que aquel día, ya no será más carbón lo que saquen nuestros hombres por las bocas de los chiffones y de los piques, sino sus combos y sus barretas. ¡El viento negro de las reivindicaciones!

Esto nos dijo. Y después de esto, nos puso una blanca cosa sobre el recuerdo.—No olvidéis de besar en nuestro nombre a los hijitos de las compañeras...

LOS ROTITOS

Un pueblo no se enmarca como un cuadro ni se clava al papel como un insecto. Hay siempre el riesgo de tomar el fantasma por la cosa, la sombra por el núcleo. Respecto a esto, las crónicas que nos fletan los cronistas sistemáticos, se nos antojan baules llenos de trapos más o menos típicos: los cuerpos, con su calor o su frío, su belleza o su fealdad, quedan en donde estaban.

Pensando así, nos creeréis que no pretendemos daros definiciones de Chile, ideas madres para apreciarlo. Menos de él que de otro alguno. Y esto, porque nosotros miramos en Chile-pueblo a Chile-panorama. Hendiduras y colinas. Precipicios y aletazos. Silencios torvos y angustias paralizadas y, al lado mismo, montes que zumban y orgullos que se desatan...

Pero, así y todo, algo tiene también él, definitivo y extenso como un aire de familia. No es su industria o su cultura, las costumbres de su pueblo o el chauvinismo de sus políticos. Todo eso cambia, varía, se mocha o se agudiza. Es algo más profundo, más chileno. Sale del suelo como un cimiento, se extiende en su superficie como una secta, ondea a través de Chile como miles de oriflamas en un día de fiesta patria. Son los rotos; los rotitos.

Este tipo no es el pueblo, propiamente—artesano, elector o rebelde. Está al margen de estas

planas. Pero, no creáis, tampoco, que es un mendigo, un vencido; pues no es hurafío ni triste, aunque sea lo mismo miserable y haraposo. Ni pide ni hozza basuras. Baila cuecas y husmea chicha.

Se cuenta que a un rey enfermo, le prescribieron, como sola cura, la camisa de un hombre feliz. Hallaron a éste, pero era un descamisado... Si se llegan a Chile buscando, encuentran, que no esa prenda, sino ni siquiera ojotas tienen los hombres felices; que andan en patas.

De qué viven los rotitos?... He aquí que no lo sabemos. Chile es de ellos y ellos son Chile. Dicen que toman las cosas que necesitan, como su sol o su frío, donde las hallan. Que matan y que roban; (sin hacer mal a nadie). Quizás, tal vez.. ¡pero, son tan simpáticos!

Dicharacheros agudos, pródigos sin esperanza, pobres sin humillaciones: donde hay un roto hay un hombre. Andan de piojos que se desgranán, de hambre y desnudez que tiemblan, pero qué sé yo qué profunda dignidad los cuadra firmes, los mantiene respetables. Empiezan por respetarse a sí mismos: entre ellos se tratan de caballeros. Caballero aquí, caballero allá, no más se les oye.

Los rotitos... Sus harapos son penachos, su mugre, escudos de heráldica, sus pies descalzos son sellos que graban felicidad donde pisan. Chicha, cueca y ¡viva Chile! Son muy simpáticos!

LA I. W. W.

Lo que se aspira, lo que se sueña es tan importante, por lo menos, como lo que se hace. La historia no alza cadáveres ni se nutre únicamente de gestos; perpetúa ideas, alumbra definiciones. Lo que pasa de pueblo en pueblo, de siglo en siglo no es sólo el cálido oleaje de la sangre de los mártires, sino también el concepto, cada vez más alto, cada vez más amplio, de la libertad humana.

Diríase, pues, que la buena Historia, la verdadera, es como un hombre de frente blanca y de manos rojas. Piensa y pelea. Ilumina y hiere. Es inteligencia y puño. Uno de estos atributos, de razón o de fuerza, que le quitéis y queda estéril, insuficiente, entra en la oscuridad, hace uno de esos paréntesis sombríos característicos al terror o al fanatismo.

El más alto pensamiento hace la más alta historia; pone más eficacia en nuestros actos, pues que alumbra lo que realizan nuestras manos. ¿No se quiere la luz, toda la claridad, el mayor fuego sagrado para iluminar los abismos más profundos?... Prended, entonces, la más grande tea, la más inaudita antorcha, la más intensa y más diáfana definición de la vida. Y ponedla y agitadla arriba y a la vanguardia, como finalidad, de todos los movimientos revolucionarios.

La I. W. W. de Chile (Trabajadores indus-

triales del mundo) es menos disciplinada y coercitiva que su similar norteamericana. Sin embargo, hace como ésta, una cuestión obrera, de sindicatos, de la vasta y profunda cuestión libertaria. Una cuestión de clase—de la clase artificial que le han creado a los pobres, los ricos—de la eterna y latente cuestión humana.

No tiene finalidad, o, si la tiene, la disimula tan bien, que no se ve, que no alumbrá, que es como una linterna en el bolsillo. Nosotros creemos que debe sacarla al aire, ponerla al tope, colocarle reflectores. Decir, de una vez por siempre: ¡la I. W. W. de Chile, organiza y lucha por el comunismo anárquico!

EL BALANCE

Los dos meses de gira por Chile, me dan a mí estos sumandos: alegría, cordialidad. De arriba abajo, de abajo arriba, resulta siempre esto solo: cordialidad, alegría. Números, cifras, totales: alegría, cordialidad.

Esto es, pues, lo que he traído. Lo que he dejado no será, seguramente, ni tan puro ni tan bueno. Qué hemos de hacerle!... Soy, me parece, consciente de lo que puedo y de lo que no puedo. Mi lengua es mi corazón, y éste es ya un caballo viejo que sólo bajo el látigo y los gritos, agarra trote. A veces, pocas sin duda, larga su antigua furia, y es para peor entonces: se pierde, borrado en las polvaredas que levanta su propia carrera loca. Una sola esperanza me salva: que los que no me ven, me sientan. Una sola disculpa: que hace veinte años que lo monto y lo castigo.

En fin: lo que haya dejado en Chile, no soy yo quien debe valorizarlo. Que hagan ellos, los compañeros de allá, ese balance. Y si les resulta poco, nada, cero... ¡qué hemos de hacerle! En todo caso, que echen lo mío a pérdidas, que yo echo aquí, a ganancias, lo que les traje. Y estoy seguro que, si englobamos luego, en una sola las dos sumas, el resultado será también el mismo: cordialidad, alegría.

Este es el balance ideal, de las prendas mora-

les que traigo. Pero hay otro, de otras prendas, todavía. De las cosas que me han dado los compañeros. Oigan y cuenten:

Una lapicera que escribe sola; un bastón, que se escapa del puño a la casa de empeños; un retrato, en el que estoy tan bien que dan ganas de quedarse con él y dejarme a mí en Chile; las botas renovadas, y además, como funda o envoltura que empaqueta estos regalos, un sobretodo para el que ya no tengo calificativos... Antilli, que me ve aparecer ensobretodado, me mide y me gruñe: pareces un perro con manta.

Envidia, envidia! Me sienta macanudo. Y de ahora en adelante, los compañeros de aquí, tendrán que tocarme el pelo como a un gato de Angora; buscarme adentro del sobretodo para reconocermé.

Qué más?... Me parece que para lo que llevé, traigo bastante. Otros dos meses de Chile y me traigo un cerro; me traigo hasta una chilena de aquellas que me cantaban en Los Andes, la víspera de embarearme:

Pónganle siete poncheras
y unas ocho damajuanas;
pónganle siete cantoras,
porque ya se va mañana...

INDICE

Rodolfo González Pacheco	3
Mendoza	5
Cristo en Los Andes	7
Mis gatitos	9
Caupolicán	11
Yo, personaje	13
La Copa de Agua	15
Sólo	17
Maternidad	19
La Remolienda	21
Blanco y Negro	23
Los Rotitos	25
La I. W. W.	27
El Balance	29

EDITORIAL COSMOS

Casilla 3749

SANTIAGO DE CHILE

OBRAS PUBLICADAS

Vidas Mínimas de González Vera . . .	\$ 2.50
(Provincias)	2.80
Carteles por R. González Pacheco . . .	0.50
(Provincias)	0.80

EN PRENSA

Figuras de Agitadores por Santiago Labarea.

Giros y valores diríjanse a Juan Gandulfo.

A los librereros descuento especial.



CASILLA 3749 — SANTIAGO

VALIENTE y Cía., IMPRESORES — TENDERINI 151